

LA MISERICORDIA SEGÚN DOROTEO DE GAZA¹

*Emmanuel Faure*²

Es innegable que la misericordia ha conocido una promoción fulgurante a lo largo de los dos últimos siglos. ¿Asistimos a un descubrimiento revolucionario o, más simplemente, vivimos el resurgimiento de un tema fundamental de la fe cristiana? Cada época de la historia de la Iglesia pone de relieve y profundiza un aspecto del misterio cristiano que responde más particularmente a los desafíos con los que se enfrenta en ese momento. Juan Pablo II escribía que la misericordia era el límite impuesto al mal por Dios³. Para la humanidad que conoció durante el siglo XX dramas jamás igualados en toda su historia, volverse hacia *Dios rico en misericordia* (*Ef 2,4*⁴) abre un camino para construir la civilización del amor. No obstante, esta orientación actual no significa que los siglos pasados fueran insensibles a la misericordia. Sus reflexiones pueden ciertamente ayudarnos a aprehender mejor su riqueza. En la Tradición de la Iglesia, los Padres mantienen un lugar privilegiado. Entre ellos, hemos elegido interrogar a Doroteo de Gaza, un Padre del desierto del siglo VI.

I. Doroteo en la escuela de la misericordia

Probablemente originario de Antioquía, Doroteo vivió en Palestina, en las proximidades de la ciudad de Gaza, entre el año 500 y alrededor del 580. Antes de

1 Traducción realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía Gaudium Mariae, Córdoba, Argentina, del texto original en francés publicado en NRT 138 (2016) 241 -256.

2 Emmanuel Faure es un sacerdote de la Diócesis de Belley-Ars, en Francia. Hizo su doctorado sobre la humildad en Doroteo de Gaza. Es exorcista. Predica retiros y da conferencias sobre los Padres del desierto.

3 Cf. JUAN PABLO II, *Mémoire et identité*, Paris, Flammarion, 2005, p. 71.

4 Este versículo dio su título a la segunda encíclica de Juan Pablo II, en 1980: *Dives in misericordia*.

fundar su propia comunidad, fue monje del monasterio del *abba* Seridos conocido por la irradiación espiritual de Barsanufio y Juan que vivían allí como reclusos. Doroteo se benefició de los consejos epistolares de estos dos Padres⁵. Además, durante nueve años, se acercó de manera regular a Juan, dado que estuvo a su servicio⁶.

El lugar de la misericordia en la doctrina de Doroteo se comprende mejor si consideramos su vida. En efecto, varios acontecimientos forjaron en él un corazón compasivo.

Doroteo tuvo la experiencia de su debilidad física y moral. En varias oportunidades, ya en su correspondencia con los dos reclusos, ya en sus enseñanzas, hace referencia a su poca salud (*Did.* XII,124). Joven monje, confía a Barsanufio su desánimo porque no puede seguir la ascesis de los Padres (*Cor.* 257,2-4). Con benevolencia, este lo autoriza a beber un poco de vino en razón de su salud (*Cor.* 255) y le enseña a hacer lo que le sea posible, a pesar de su debilidad, para racionar un poco su alimentación (*Cor.* 257). Doroteo revela también a Barsanufio que está violentamente atraído por un hermano y que corre el riesgo de caer en la desesperación (*Cor.* 255,1-3; 256; 258). Barsanufio no escatima sus esfuerzos para sostenerlo y enseñarle los principios del combate espiritual. Este monje eminente no duda en confesarle que él también, en su juventud, luchó trabajosamente contra la lujuria durante cinco años (*Cor.* 258,35-39).

Doroteo no encuentra la debilidad únicamente en sí mismo. Como su hermano había donado al monasterio los fondos para construir una enfermería, se le pidió a él que fuera el responsable, tarea a la que se dedicó a conciencia. No obstante, ese servicio era absorbente y Doroteo aspiraba a una mayor soledad.

5 Ochenta y seis preguntas de Doroteo con las respuestas de los dos Padres se conservan en su extensa correspondencia: BARSANUPHE et JEAN DE GAZA, *Correspondance*, vol. 2, t. 1, Lettres 252-338, intr., texto crítico, notas e índice F. Neyt y P. Angelis-Noah, trad. L. Regnault, SC 450, Paris, Cerf, 2000 (citado *Cor.* seguida del número de las cartas y, cuando es necesario, de los números de las líneas del texto griego: *Cor.* 252-338).

6 Cf. *Did.* IV,56,35. Las obras de Doroteo están traducidas en la obra siguiente a la que nos referimos: DOROTHÉE DE GAZA, *Oeuvres spirituelles*, intr., texto griego, trad. y notas L. Regnault y J. de Préville, *Sources chrétiennes* 92, Paris, Cerf, 2001 (reimpr. de la primera edición revisada y corregida). Las conferencias espirituales o *Didascalias* serán citadas *Did.* seguida del número de la instrucción en números romanos, luego el del párrafo y eventualmente las líneas del texto griego. Igualmente para las cartas (*Ep.*) o las sentencias (*Sent.*), [pero en estos dos últimos textos todas las referencias se dan en números arábigos].

Recordándole las palabras del Señor: *Quiero misericordia y no sacrificio* (Mt 9,13), Juan lo colocó de frente a lo esencial: “Si pues captas de una buena vez que la misericordia está por encima del sacrificio, inclina tu corazón hacia la misericordia” (Cor. 314,11-12). Es precisamente por experiencia propia como Doroteo afirmará a sus hermanos que el servicio de los enfermos tiene por meta adquirir entrañas de misericordia (*Did.* XIV,153, 5-7; *Ep.* 2,184,1-2).

II. Un Padre lleno de misericordia

Esta escuela de misericordia que Doroteo vivió en su carne y al servicio de los enfermos influenció fuertemente su manera de ser Padre espiritual.

“Que tu propia debilidad te vuelva compasivo con tu hermano” (*Ep.* 2,185,10–11). Doroteo se aplicó a sí mismo esta sentencia que compartía a un responsable de la comunidad. Con compasión lo vemos inclinarse hacia sus hermanos desalentados y prodigarles consejos para ayudarlos a marchar por el camino espiritual en la verdad, con dinamismo y sin miedo. Al que se pregunta con angustia cómo podrá volar de la tierra y encontrarse de un salto en la cima de la escala espiritual (*Did.* XIV,154), Doroteo no se aparta de su lucidez y reduce a la nada el falso ideal de santidad que el monje se ha fabricado. En efecto, ese monje no podrá realizar lo que desea y, por lo demás, Dios no pide semejante proeza. En contrapartida, que evite cometer el mal y se disponga a hacer un poco de bien por medio de la atención concreta al prójimo. “Y así, escalón por escalón, llegarás, con la ayuda de Dios, a la cima de la escala” (*Did.* XIV,154,29-30). Doroteo invita a otro hermano que desea practicar una virtud a no mirarse excesivamente, sino a poner su apoyo en Dios que nunca le fallará. Le pide no considerar cuán lejos está de esa virtud, cuán imposible le es ejercerla. “No te entretengas en esos pensamientos y no imagines que la virtud sea desmesuradamente difícil. Comienza mientras tanto por practicarla, teniendo confianza en Dios. Muéstrale tu deseo y verás la ayuda que te concederá para lograrla” (*Did.* XIV,153,13-17). Ya el hombre haga mucho o poco, según sus capacidades, Dios no permanece sordo a su buena voluntad, Él responde a su esfuerzo (*Did.* X,104,13–14).

Doroteo no agobia a sus hermanos pidiéndoles lo imposible pues es consciente de la fragilidad de ellos. Los cuida⁷ y atiende para no quebrantar el

7 “Cuidar al prójimo, eso es la compasión” (*Did.* IX,103,19-20).

entusiasmo del principiante, ni aplastar al que está caído. Da ánimo sin cesar. Sus textos desprenden una atmósfera de dulzura muy alejada de la reputación adjudicada a los monjes de la Antigüedad. Repite con frecuencia que es poco a poco, “*micrón micrón*” (*Did.* I,21,1; XIV,154,31-32; *Ep.* 5; 190,18-19), con la ayuda de Dios (*Did.* XI,120,9-10) como el hombre progresa en el bien. En general, el *abba* Doroteo no exige mucho; solamente un poco. Así, no es necesario más que un poco de esfuerzo, hacerse la contra un poco (*Did.* XVII,179,17), humillarse un poco (*Did.* II,28,7-8; XIII,142,15) luchar un poco (*Did.* X,104,9-10; XIII,143,6), realizar un poco de bien (*Did.* XIV,154,27), tomar un poco de cada virtud⁸, concederse un poco menos que lo necesario (*Sent.* 202,10) para progresar en la vida cristiana. Doroteo no exalta el heroísmo, pero alaba la valentía en las pequeñas cosas pues “virtud y pecado comienzan por pequeñas cosas, pero conducen a grandes, sean buenas, sean malas” (*Did.* III,43,19-20).

Doroteo no duda de que la misericordia obtiene más que la dureza y el castigo. Hace notar que los santos detestan el pecado y “no obstante, no odian al pecador, no lo juzgan, no se alejan de él. Por el contrario, se compadecen, lo exhortan, lo consuelan, lo consideran como un miembro enfermo; hacen de todo para salvarlo” (*Did.* VI,76,10-14). Doroteo aclara su pensamiento por medio de una primera imagen. Los santos hacen como los pescadores. Cuando ellos han tomado un pez grande, le dan hilo, lo agotan y lo van arrastrando hacia ellos poco a poco. Los santos, por su paciencia y su caridad, atraen al hermano que ha pecado, sin rechazarlo con disgusto. Como si su pensamiento no fuera todavía bastante explícito, Doroteo apela a otra comparación, prueba de que ese punto de su enseñanza le parece a la vez crucial y difícil de realizar. Como una madre que tuviera un niño deforme, y hace de todo para hacerlo agradable, así “los santos protegen siempre al pecador, lo van preparando, se hacen cargo de él para corregirlo en el momento oportuno, para impedirle perjudicar a otro” (*Did.* VI,76,26-29). Con la evocación de la conducta de esa madre, ¿Doroteo no hace alusión a las *entrañas de misericordia* (*splágchna oiktrimōn*⁹) propias del

8 Expresión de Juan de Gaza (*Did.* XIV,150,11).

9 La expresión está sacada de *Col* 3,12. *Splágchna*: término que no es fácil de traducir. Son las vísceras. En la antigüedad, designaban el lugar de los sentimientos. Cf. C. SPICQ, art. «*splágchna, splagchnizomai*», *Lexique théologique du Nouveau Testament*, Paris - Fribourg, Cerf - Éd. Univ. de Fribourg, 1991, pp. 1409-1412. Con respecto al vocabulario bíblico de la misericordia, ver los artículos, en esta obra, «*eleéo, éleos*»; «*sympathés, sympathéo*»; «*philanthropía, philantrópos*»; J. P. SONNET, “Justice et miséricorde. Les atributs de Dieu dans la dynamique narrative du Pentateuque”, *Nouvelle Revue Théologique* 138 (2016), pp.

discípulo de Cristo? Justamente esta tierna misericordia (*eysplagchnía*) es lo que va a exaltar al relatar un apotegma de Ammonas¹⁰ como conclusión de este largo desarrollo. Los hermanos habían venido a quejarse ante este abad porque uno de ellos ocultaba a una mujer en su celda:

Como sabía que el hermano había ocultado a la mujer en el barril, él se sentó encima y ordenó a los otros que buscaran en toda la celda. Como no [la] encontraban, les dijo: “¡Que Dios los perdone!” y, avergonzándolos, los ayudó a no creer más con facilidad lo malo en contra del prójimo. En cuanto al culpable, lo curó, no solamente protegiéndolo luego ante Dios, sino también corrigiéndolo cuando encontró el momento favorable. Pues, después de haber despedido a todo el mundo, lo tomó tan solo de la mano y le dijo: “Ten cuidado de ti mismo, hermano”. Inmediatamente el hermano fue penetrado de dolor y de compunción, inmediatamente obraron en su alma la bondad (*filantropía*) y la compasión (*sympatheia*) del Anciano (*Did.* VI,76,35-47).

La conversión del hermano no es mencionada en la historia original. Doroteo se esmera en subrayar la fecundidad de la benevolencia y de la compasión.

III. Débiles y fuertes, objetos de la misericordia divina

La compasión hacia el pecador que pone de manifiesto Doroteo se extiende también a los débiles, es decir, a los que no pueden igualar a los santos en sus acciones extraordinarias. Él mismo tiene clara conciencia de estar entre los débiles. El último párrafo de las *Didascalias* resume su pensamiento:

Pues, incluso si no alcanzamos la perfección de los santos y si no somos dignos de estar en la gloria, nosotros podemos al menos no ser excluidos del Paraíso, con la condición de ser vigilantes y hacernos la contra a nosotros mismos un poco, como dice san Clemente: “Si uno no es coronado, que se esfuerce por lo menos en no estar lejos de los que son coronados”. En el

3-22; de modo más general, P. GRELOT, “Le vocabulaire biblique de la compassion”, *La vie spirituelle* 728 (sep. 1998), pp. 421-432.

10 Cf. *Les Sentences des Pères du désert, collection alphabétique*, trad. et prés. L. Regnault, Solesmes, Éd. de Solesmes, 1981, Ammonas 10, p. 44.

palacio, hay grandes e ilustres funcionarios, por ejemplo, los senadores, los patricios, los generales, los gobernadores, los silenciarios¹¹. Éstos reciben tratamientos de importancia. Pero, en el mismo palacio, hay otros que sirven en tareas de menor cuantía y se dice igualmente que están al servicio del emperador; también ellos están dentro del palacio y, si no tienen la gloria de los grandes, al menos están allí, en el interior. Ocurre, por otra parte que, poco a poco, por ascensos, obtienen ellos mismos funciones importantes y de alta dignidad. Nosotros, de la misma manera, evitemos con cuidado cometer pecados a fin de escapar al menos del infierno. De ese modo, podremos incluso, gracias al amor (*filantropía*) de Cristo por nosotros, obtener la entrada al Paraíso por medio de las oraciones de todos sus santos (*Did.* XVII,179,11-33).

Para el oficial superior o para el simple servidor, lo esencial no es tener altas funciones, un salario importante, sino el hecho de ser introducidos en el palacio real, de estar cerca del emperador, a su servicio.

El débil se beneficia de la misericordia de Cristo y de la de los santos. Doroteo afirma en la última frase de ese texto que, “gracias al amor (*filantropía*) de Cristo”, la entrada al Paraíso será otorgada al débil por medio de las oraciones de los santos. Esta *filantropía* es el amor misericordioso de Cristo por medio del cual libera al hombre. El bien que debe ser realizado para acceder al Paraíso parece reemplazado por el amor de Cristo y por las oraciones de los santos. Ese bien es el que Cristo, por su Misterio pascual, ha realizado en su benevolencia por el hombre mientras este era incapaz de realizarlo por ser esclavo del pecado. Ese es el bien que Cristo concede que realicen los santos por los demás gracias a sus oraciones que, de alguna manera, llegan a ser el bien de aquel que únicamente puede evitar el pecado, pero no dispone de fuerzas suficientes para los trabajos ascéticos. En la comunión de los santos, los bienes de unos pertenecen a los otros pues esta circulación de los bienes espirituales tiene por fundamento al Santo de Dios: Cristo, Dios y hombre, único salvador y único mediador. Cristo y la oración de los santos suplen la impericia del hermano.

11 El silenciario era el oficial que vigilaba el silencio en el momento en que el Emperador aparecía. Cf. L. BREHIER, *Les institutions de l'empire byzantin*, Paris, Albin Michel, 1970, p. 60.

La enseñanza de la decimoquinta *Didascalia* se une con la del párrafo 179, pero Doroteo no limita allí sus palabras a los débiles. En realidad, no son solamente los que no pueden igualar las acciones de los santos quienes tienen necesidad de la misericordia de Dios. Tal es la situación general de la humanidad, como lo hace notar Doroteo cuando describe el progreso del mal a continuación del primer pecado: “En ese momento por lo tanto, Dios, bueno y amigo de los hombres (*filántropos*), envía a su Hijo único, pues solo Dios podía curar y vencer semejante mal” (*Did.* I,4,1-2, trad. retocada). Doroteo invita pues a cada uno a ir al encuentro de Cristo con palmas y ramas de olivo como el pueblo el día de su entrada triunfal en Jerusalén. Las palmas son símbolos de victoria y el olivo representa a la misericordia. Al enarbolarlas, el pueblo proclama al mismo tiempo la victoria de Cristo y apela de ese modo a su misericordia y a su asistencia.

Por lo tanto, nosotros también iremos al encuentro de Cristo Nuestro Señor con palmas, como delante de un vencedor, puesto que Él venció al enemigo por nosotros (*yper emón*), y, con ramos de olivo para implorar su misericordia, a fin de que, como Él venció por nosotros, nosotros seamos, también victoriosos por Él (*di'áytoy*) implorándonoselo y que nos encontremos enarblando sus emblemas de victoria, en honor no solamente de la victoria que Él ha ganado por nosotros, sino también de la victoria que nosotros habremos ganado para Él, gracias a las oraciones de todos los santos (*Did.* XV,165,12-20).

IV. La humildad atrae a la misericordia

Los párrafos 179 y 165 que acabamos de citar nos proporcionan pistas para comprender el vínculo estrecho entre la misericordia y la humildad¹².

En el número 179, Doroteo declara que lo poco de lo que es capaz el débil –ser vigilante y hacerse la contra un poco a fin de evitar el pecado– no será contado como cantidad desdeñable por Dios. Por otra parte, sostiene que la humildad sola puede salvar al hombre:

Incluso cuando no podemos, débiles como somos, realizar penosos trabajos, procuremos humillarnos. Y yo tengo confianza en la misericordia de Dios que lo poco que habremos hecho humildemente, nos valdrá para

12 Sobre este tema mayor ver nuestra obra: *La vie spirituelle selon Dorothée de Gaza. Dynamique de l'humilité*, por aparecer en Ediciones Beauchesne.

estar, también nosotros, entre esos santos que se han esforzado mucho en el servicio de Dios (*Did.* II,28,8-13).

Si los predecesores de Doroteo retomaban de buena gana una sentencia del Libro de los Proverbios: *Dios da su gracia a los humildes* (*Pr* 3,34 LXX¹³), con todo, no llegaban a decir, como lo hace Doroteo, que la humildad atrae a la gracia de Dios (*Did.* II,29,9-10). Este principio vuelve a aparecer en varias oportunidades a lo largo de sus conferencias. Así, él indica que casi no es posible recobrar la salud espiritual “sin muchas oraciones y lágrimas capaces de excitar (*kinêsai*) en nuestro favor la misericordia de Cristo” (*Did.* XI,122,27-28). Oraciones y lágrimas son dos frutos de la humildad. Se vuelve a encontrar también la afirmación de este principio con respecto a la tentación que es una experiencia de abajamiento: “Nada inclina tanto la misericordia de Dios sobre el alma como las tentaciones” (*Did.* VII,88,10, trad. retocada).

Por el hecho de que esta fórmula ha llegado a ser corriente, ya no percibimos más su aspecto audaz. En efecto, insinúa que el hombre habría agarrado a Dios, aun cuando Él tiene misericordia con quien quiere (cf. *Rm* 9,14,18; *Ex* 33,19). Sostener que la humildad atrae a la gracia de Dios es una manera de subrayar la predilección de Dios por los pequeños y los pobres, de lo cual da testimonio la Escritura. El hecho de que la humildad atrae a la gracia de Dios no significa que ella fuerce a la gracia a intervenir, sino que, por la humildad, el hombre se establece en la disposición espiritual susceptible de recibir la gracia que está siempre dispuesta a donarse. Por eso Doroteo hace observar que

... Si hemos caído muy abajo, hombres como somos, y si nos deslizamos en el pecado, démonos prisa en levantarnos. Hagamos penitencia. Lloremos ante la divina bondad. Estemos en guardia, presentemos combate y Dios, al ver nuestra buena voluntad, nuestra humildad y nuestra contrición, nos tomará de la mano y tendrá misericordia de nosotros (*Did.* XI,123,27-30).

El párrafo 179 nos ha hecho descubrir el poder de la humildad sobre la misericordia. El número 165 introduce más profundamente en la relación entre ellas. Los ramos de olivo llevados por el pueblo simbolizan su imploración de la misericordia. Esta oración es justamente la que caracteriza al humilde:

Es manifiesto que el hombre humilde y piadoso, sabiendo que nada de bueno puede realizarse en su alma sin el auxilio y la protección de Dios, no cesa jamás de invocarlo para que Él le tenga misericordia. Y el que ora a Dios sin cesar, ante cualquier obra buena que le sea concedido llevar a cabo, conoce su fuente y no puede concebir orgullo por ella ni atribuirle a sus propias fuerzas. A Dios él atribuye toda obra buena, y no cesa de darle gracias y de invocarlo, temiendo que la pérdida de ese auxilio deje aparecer su debilidad y su propia impotencia (*Did.* II,38,9-18).

La humildad no atrae a la intervención de la misericordia de manera pasiva. El que hace el bien es enfrentado con las pasiones que habitan su corazón y lo obstaculizan. Más radicalmente aún, él experimenta que, sin la gracia de Dios, es incapaz de hacer cualquier clase de bien. Está pues acorralado implorando misericordia, la cual no dejará de intervenir. “El hombre por lo tanto tiene siempre necesidad de orar para pedir a Dios que lo ayude y que coopere con él en todo lo que hace” (*Ep.* 6,191,14-16). Esta actitud llega a ser habitual. La oración continua del monje es la expresión de su humildad que es apertura a la misericordia siempre dispuesta a derramarse. El hermano vive entonces en la conciencia permanente de su dependencia fontal de cara a la misericordia de Dios sin cuya intervención él no podría obedecer a los mandamientos.

V. Tener cuidado de los hermanos con un corazón severo y entrañas de misericordia

Las exigencias moderadas de Doroteo, su tomar partido en favor de los pecadores, ¿no son signo de una visión laxista de la misericordia? La crítica parece haber sido emitida en vida de Doroteo por algunos monjes. Las tensiones que surgieron por esto están quizás en el origen de su partida del monasterio de Séridos para fundar su propia comunidad, como lo relata la *Vida de Dositeo*¹⁴. Sin embargo, es difícil acusar a Doroteo de molicie y de dejar hacer.

14 Cf. *Dos.* 10-13. La *Vida de Dositeo*, aún cuando no está directamente escrita por Doroteo, ha sido integrada al conjunto de sus obras publicadas en *Sources chrétiennes*. La referencia se da como sigue: *Dos.* seguido del número del párrafo y, si es necesario, del número de las líneas del texto griego.

En primer lugar, debemos señalar que él en nada se aleja de la doctrina tradicional de los Padres del desierto. Es verdad que, muy a menudo, los apotegmas que relatan hechos excesivos o maravillosos, acaparan la atención aunque no son representativos de esta literatura. La doctrina auténtica de los Padres del desierto, rica en discernimiento y moderación, resulta así deformada. Cuando Doroteo enseña que el camino espiritual se recorre poco a poco, haciendo un poco, con la gracia de Dios, no es revolucionario. En efecto, el *abba* Isaías o Barsanufio declaran que el monje progresa poco a poco¹⁵. Barsanufio escribe a un hermano: “Aporta por lo tanto, tú también, tu pequeña parte de trabajo” (*Cor.* 198,11). Y el exigente Juan Colobos preconiza a los hermanos que cumplan su pequeña parte de todas las virtudes cada día¹⁶. Hacer un poco, es también hacer todo lo posible para uno con la fuerza que Dios da, según Barsanufio y Juan (*Cor.* 85,16-17). “Hacer lo que podemos”, “hacer todo lo que es posible para uno”, son expresiones típicas del *abba* Isaías¹⁷. Él declara: “Hacemos pues lo que podemos, y el poder de Nuestro Señor Jesucristo es grande para socorrer nuestra debilidad”¹⁸. Palabras más exigentes serían de esperar por parte de un Padre en quien la subida a la cruz es la idea maestra de su doctrina espiritual.

Para quien encontrara excesivo el comentario que Doroteo hace del apotegma de Ammonas encubriendo la fornicación de un monje (*Did.* VI,76,31-47), podríamos oponerle lo que Ammonas escribe en una carta: “¿Temes perjudicar a tu hermano con tu paciencia? Pero el Apóstol (cf. *Rm* 12,21) ordena vencer al mal con el bien y no al mal con el mal” (*Ep.* 2,185,14-16). Es precisamente a propósito de Ammonas donde se encuentra la única vez - en que Doroteo emplea el término “*filantropía*” atribuido a un hombre, mientras habitualmente él lo reserva para Dios, como lo veremos pronto. Por su actitud, Ammonas es signo de la bondad misericordiosa de Dios.

Para Doroteo, acoger la misericordia de Dios no significa promover un mediocre “*farniente*” espiritual:

15 Cf. Abbé ISAÏË, *Recueil ascétique*, introd. y traducción francesa por los monjes de Solesmes, *Spiritualité orientale* 7, Éd. de Bellefontaine, 1970, *Logos* 16,98; 25,19. Ver también: *Cor.* 10,19-20.

16 Cf. *Apotegmas alfabéticos*, Juan Colobos 34.

17 Cf. Isaías, *Logos* 2,11; 11,3; 12,12; 21,6. 30. 38. 63; 25,23. 29.

18 *Ibid.* 16,20.

Nosotros quisiéramos ser salvados durmiendo, y ese es el motivo por el que perdemos aliento en las pruebas, mientras deberíamos más bien agradecer a Dios y estimarnos felices por tener que sufrir un poquito en este mundo para encontrar algún descanso en el más allá (*Did.* XII,125,19-23).

Al observar las relaciones de la misericordia con la humildad, hemos visto que si bien la humildad atrae a la misericordia, la humildad tiene con todo una implicación en ese movimiento: “Es necesario de manera absoluta tanto nuestro esfuerzo como la colaboración de Dios” (*Ep.* 6,191,12-13).

En una carta destinada a los responsables de las comunidades, Doroteo entrega el secreto de su paternidad. Antes de dar algunos ejemplos, comienza por formular la actitud interior que debe habitar en el responsable. “Si eres el encargado, ten cuidado de los hermanos con un corazón severo (*stryphvónti*) y entrañas de misericordia”. Para Doroteo, el corazón se opone a los comportamientos superficiales (*Did.* I,7,28-32). En cuanto a la expresión: “entrañas de misericordia”, proveniente de *Col* 3,12, ya la hemos encontrado a propósito de la compasión de Ammonas (*Did.* VI,76,35-47). Sin radicalizar las nociones antropológicas de “corazón” y de “entrañas”, podemos no obstante indicar que “corazón” se aplicaría más bien al aspecto racional de la intimidad humana y “entrañas” a su dimensión afectiva. Es con su inteligencia y su sensibilidad como el Padre debe guiar a sus hijos.

Severidad y misericordia son las características de esta interioridad. A primera vista, parecen contradictorias. La expresión «*stryphnóteti kardías*» es difícil de traducir. «*Stryphnotés*» significa “áspero”, “acerbo”. Utilizar “acerbo” no estaría de acuerdo con las combinaciones de Doroteo descriptas anteriormente, ni con su pensamiento. Él declara, en efecto que “en donde se encuentran compasión, caridad y humildad, ¿cómo podrían prevalecer la cólera, el rencor o cualquier otra pasión?” (*Did.* VIII,94,35-37). “Áspero” estaría más en el tono. La edición de *Sources chrétiennes* ha preferido “severo”, lo que es atinado, –nos parece–. También es necesario apartar de ese término la idea de propensión a castigar que lleva habitualmente. Un corazón severo es sin concesión, exigente. Rigor y ternura se unen para hacerse cargo del hermano. Doroteo percibe que se debe obrar con una benevolencia incondicional, volviendo a levantar al que cae o se desanima, sin emitir juicio, y dar prueba de una exigencia sabiamente dosificada según las capacidades del hermano para permitirle tender, sin quebrarlo, hacia una radicalidad cada vez más absoluta. Doroteo continúa su carta con algunas indicaciones concretas:

Por las faltas que se producen, no te irrites desmedidamente, pero muestra sin turbarte el mal que resulta de ellas, y, si es preciso hacer reproches, toma la actitud que conviene y espera el momento oportuno. No seas muy observador de las faltas pequeñas, como un riguroso justiciero; no hagas continuamente reprimendas, porque eso es insoportable y la costumbre desemboca en la insensibilidad y en el menosprecio. No mandes de manera imperativa, sino somete humildemente la cosa al hermano: esta manera de hacer es estimulante, es más persuasiva y proporciona paz al prójimo (*Ep.* 2,184,9-19).

La dosis delicada entre la severidad y la misericordia está al servicio del adelanto espiritual del monje.

Podríamos encontrar una ilustración de esta concepción de la autoridad en el acompañamiento de Dositeo, un novicio que fue confiado a Doroteo. No solamente la *Vida de Dositeo* relata cómo él lo ha guiado hasta la cima de la vida espiritual con una compasión que no se ejercía sin cierta rudeza (*Dos.* 12), sino testimonia también que no son los trabajos ascéticos excepcionales los que conducen a la salvación. En efecto, para explicar que Doroteo “condujo a Dositeo hacia Dios tan recta y rápidamente” (*Dos.* 13,6-7), el redactor pone de relieve la obediencia y la renuncia a la voluntad propia que el mismo Dositeo había practicado con perseverancia (*Dos.* 13,3-19). Varios episodios manifiestan esa renuncia incesante y sin concesión que Doroteo hace sufrir a Dositeo (*Dos.* 7-8).

La respuesta a las críticas que pueden suscitar las palabras de Doroteo nos han permitido precisar su doctrina de la misericordia en el marco pedagógico que era el suyo. Vamos a dar un paso más descubriendo lo que significa practicar misericordia con ciencia.

VI. Ser misericordioso con ciencia

Doroteo acompaña el progreso espiritual de sus hermanos. La noción de progreso está muy presente en las *Didascalias*. Sabe bien que el camino espiritual se realiza pacientemente, por etapas. Cuando enseña a sus hermanos a practicar “la limosna con ciencia (*hē en gnōsei eleēmosynē*)” (*Did.* XIV,157,26), tiene en cuenta este crecimiento progresivo. Antes de estudiar de qué se aparta, debemos precisar lo que es *eleēmosynē*, vocablo traducido habitualmente por “limosna”.

Sería más apropiado hablar de obras de misericordia, pues Doroteo, como los demás Padres, tiene una comprensión amplia de la limosna. Así, él hace notar que cada uno puede practicarla “según sus medios y su condición” (*Did.* XIV,158,29). Nadie puede pretextar su pobreza pues Dios se satisfará incluso con muy poco, como lo revela el episodio evangélico del óvulo de la viuda (cf. *Mc* 12,41-44). Pero la limosna no es solo una cuestión de dinero. El pobre tiene no obstante fuerza para servir a su hermano enfermo. Y si no puede hacerlo, le es posible dirigirle palabras de consuelo. Doroteo va todavía más lejos. “Supongamos que no puedes ni siquiera darle la limosna de una palabra, puedes, cuando tu hermano está irritado contra ti, tener piedad de él y soportarlo durante su cólera” (*Did.* XIV,158,10-12) guardando silencio en lugar de increparlo. El punto culminante de la limosna consiste en el perdón. “Al no tener cómo ejercer la misericordia hacia el cuerpo de tu hermano, lo haces con respecto a su alma. ¿Y qué misericordia es más grande que ésta?” (*Did.* XIV,158,22-24).

La limosna abarca pues toda acción material o espiritual hecha en favor del prójimo. Con todo, para Doroteo, esto no es suficiente. Todavía es preciso que ese bien sea practicado con ciencia, es decir, con una disposición apropiada del corazón. Doroteo es lúcido, sabe que esta cualidad del alma no se adquiere más que de manera progresiva (*Did.* IV,49,1-3). Dios mismo no rechaza ni los motivos menos espirituales, ni la imperfección de los principiantes. Así, algunos hacen obras de misericordia sin perseguir el provecho de sus almas aunque su motivación no sea condenable. Dios escucha al que obró por una recompensa material como la bendición de su campo o la salvación de su navío. Hace lo mismo con el hombre que ejerce la misericordia esperando que su familia sea protegida o que él sea reconocido como un benefactor. Doroteo concluye: “Dios no rechaza a nadie y da a cada uno lo que quiere, con tal de que eso no perjudique a su alma” (*Did.* XIV,156,21-22).

Sin embargo, eso no es todavía practicar misericordia con ciencia. Para esto, el hermano debe obrar para el provecho de su alma. Doroteo señala tres disposiciones que corresponden con una purificación progresiva del motivo de la acción (*Did.* IV,48 y XIV,157)¹⁹. El hermano obra en primer lugar para ser preservado del castigo. Es un esclavo. Sin duda, hace el bien según Dios, pero no como Dios lo quiere (*Did.* XIV,157,3-4). Más evolucionado, aunque lejos de

19 Doroteo dice que él se inspira en BASILIO de CESAREA (cf. *Les Règles monastiques*, intr. et trad. L. Lèbe, Maredsous, Éd. de Maredsous, 1969, «Prologue», pp. 38-39).

ser perfecto, es el mercenario que está preocupado por la recompensa espiritual o material que espera sacar del bien que él realiza. Totalmente distinta es la disposición del hijo. Este último hace la voluntad de su padre:

... Porque lo quiere servir, honrar y agradecer. Es así como nosotros debemos practicar la limosna: a causa del bien mismo²⁰, teniendo compasión unos de otros como de nuestros propios miembros, complaciendo a los demás como si nosotros fuéramos los complacidos, dando como si nosotros mismos recibiéramos. Tal es la limosna hecha con ciencia” (*Did.* XIV,157,21-26, trad. retocada).

Este texto merece algunos desarrollos. Un descentramiento se realiza de manera progresiva. Se busca el bien en sí mismo, o, para decirlo de otra manera, se pretende “no amar nada más que a Dios y preferir a todo otro deseo, el deseo de Dios” (*Did.* XVII,176,25-26²¹).

La compasión corresponde al mandamiento del amor al prójimo como a sí mismo (*Lv* 19,18; *Did* XIV,154,7-12) pues compadecer, es preocuparse de las penas del otro como si fueran las nuestras²². Juan hacía notar a Doroteo, deseoso de retirarse de la enfermería para una mayor soledad, que el cuidado de los enfermos cumple “el precepto del Apóstol (cf. *I Co* 12,26), es decir, si alguien está afligido, afligirse con él, consolarlo, reconfortarlo, porque es eso la compasión” (*Cor.* 315,13-15). El corazón compasivo llega incluso a afligirse de la turbación del que lo ultraja (*Did.* X,110,15-16).

Doroteo profundiza las causas de la compasión. Este movimiento no parte únicamente del reconocimiento de nuestra común humanidad con el que sufre. Considerar al prójimo como a uno mismo se une con la enseñanza de Pablo sobre la Iglesia Cuerpo Místico de Cristo. Según Doroteo, hay que tener compasión unos de otros como de nuestros propios miembros (*Did.* VI,77,4) «pues “*somos miembros unos de otros*”, dice el Apóstol. Ahora bien, si todos

20 *Di'autò tò kalón*: cf. *Did.* IV,47,15; 48,6; 49,22; 51,23; XIV,155,39; 157,18. Basilio escribe que algunos obedecen “por el bien mismo y el amor de Aquel que lo manda” (*Les Règles*, “Prólogo”, citado n. 18, p. 38).

21 Este absoluto se vuelve a encontrar también en *Did.* XVI,169.

22 El otro aspecto del precepto consiste en querer el beneficio del prójimo como si fuera el propio (*Did.* XIV,154,32-33).

nosotros no formamos más que un solo cuerpo, y si somos, cada uno por su parte, miembros unos de otros, si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él (*I Co 12,25-26*)» (*Did.* VI,77,15-18).

Complacer a los demás como si fuéramos nosotros los complacidos, dar como si nosotros recibiéramos es la última característica de las obras de misericordia realizadas con ciencia. Dos párrafos más arriba, Doroteo había expresado un pensamiento similar. Comentaba entonces *Romanos 12,2* detallando lo que Dios quiere de bueno, lo que le es agradable, lo que es perfecto. Lo que es agradable a Dios es la acción realizada a causa del bien mismo y por compasión, no con un pensamiento humano como el de aquel que recoge a una huérfana porque es bonita (cf. *Did.* XIV,155,38-40). La limosna plenamente realizada adquiere una cualidad nueva. Es “hecha sin parsimonia, sin lentitud, ni frialdad, sino con toda las fuerzas y con todo el corazón. Es dar como si uno mismo recibiera, es ser benefactor como si uno mismo fuera el complacido” (*Did.* XIV,155,41-44). La obra de misericordia con ciencia es la acción hecha sin condescendencia, con una gran delicadeza. Es dar con humildad, desapareciendo uno mismo y dejando de lado toda vanidad, para poner en el centro al otro (cf. *Did.* II,33,1-6). “Dar como si uno recibiera” significa también dar con la alegría y el reconocimiento experimentados cuando uno mismo recibe un regalo.

Hacer las obras de misericordia con ciencia viene a ser realizarlas en la caridad, es decir en ese amor que no antepone nada a Dios, que obra a causa de Dios mismo, imitándolo, y que se inclina hacia el prójimo como si uno fuera el que es ayudado.

VII. La misericordia caracteriza a Dios

Lo que Doroteo afirma con respecto a la misericordia, y que trata de encarnarlo en su conducta, procede de su mirada acerca de Dios. Ha quedado admirado por la bondad de Dios. La sentencia, inspirada en el Evangelio: “Sean buenos como Dios es bueno”, resume perfectamente su visión de la vocación del hombre (cf. *Did.* XII,134).

Doroteo contempla la bondad de Dios obrando en la historia. Saca de allí “la convicción de que todo lo que Dios hace con nosotros, lo hace por bondad y por amor” (*Did.* XIII,139,4-8). “Buen Dios” es una expresión muy corriente en él para

designar a Dios. Le agrega a veces “*filántropo*”, “amigo de los hombres”. Esta expresión adjetiva es utilizada también sólo para designar a Dios. Puede asimilarse a un sinónimo de “bueno” como lo hace la edición de *Sources chrétiennes*²³. “*Filantropía*²⁴” hace referencia a la prodigalidad de Dios que, no solamente, saca al hombre de la nada cuando lo crea (cf. *Did.* XVI,171,17-21; *Carta* 2,186,2-7) y le confiere todas las virtudes y lo instala en las delicias del Paraíso (cf. *Did.* I,1), sino que también lo libra del pecado (cf. *Did.* XVI,172,29) y le da la vida eterna (cf. *Did.* XVII,179,31; XII,125,6). La solicitud de Dios respecto del hombre se manifiesta desde la creación hasta la salvación y actúa sin cesar por medio de la Providencia²⁵. Es la compasión de Dios lo que estuvo en el origen del envío del Hijo. “Dios, que nos había hecho a su imagen, fue conmovido de compasión (*oikteirésas*) por su creatura y su imagen, Él se hizo hombre a causa de nosotros y aceptó la muerte por todos” (*Did.* XVI,172,6-8). Doroteo alienta a un hermano probado a tener confianza en la “ternura (*tèn eysplagchnían*) de Cristo, el Señor bueno” (*Ep.* 11,196,4-5), que acompaña a cada persona en las tribulaciones y las tentaciones, “porque es misericordioso (*eleémon*) y conoce nuestra impotencia²⁶”.

Doroteo no restringe la bondad de Dios únicamente a la misericordia. No obstante, esta bondad del Creador, que interviene en favor de su creatura frágil y herida por el pecado, se revela ante todo como misericordia, a tal punto que Doroteo declara que la misericordia “es lo propio de Dios²⁷”. En el pensamiento de Doroteo, la misericordia es, de alguna manera, el otro nombre de la bondad de Dios.

Con lógica, deduce así que “es especialmente esta virtud la que imita a Dios”. En efecto, hace notar, el Señor:

23 Por ejemplo: *Did.* IV,60,32; XIV,158,36.

24 *Filantropía* es un hápax del Nuevo Testamento, cf. *Tt* 3,4. Sobre la historia de este concepto: cf. H. PÈTRE, *Caritas. Études sur le vocabulaire latin de la charité chrétienne*, Études et documents 22, Louvain, Spicilegium Sacrum Lovaniense, 1948, pp. 208-209. Con Orígenes el vocablo deviene frecuente en los textos patrísticos y también designa, a partir del siglo IV, la dimensión social de la caridad.

25 Cf. *Did.* XIII,138,7-8. 17 y VII,88,28-29; XII,124,22-27.

26 *Ep.* 12,197,18-20. Sobre el conocimiento que Dios tiene de nuestra impotencia: cf. *Did.* I,5,10-11.

27 Y citas siguientes: *Did.* XIV,156,7-14.

... No dijo: “Ayunen como ayuna su Padre celestial”, ni: “Sean pobres como su Padre celestial es pobre”, sino: “Sean misericordiosos como su Padre celestial es misericordioso”. (...) Es necesario por lo tanto, como decíamos, tener siempre los ojos fijos en esa meta.

En definitiva, es a la luz de la certeza de que la misericordia es la señal particular del buen Dios y de lo que de esta certeza mana, a saber, que el hombre, imagen de Dios, se realiza obrando con misericordia como Dios; es a esa luz, como debemos interpretar todo lo que hemos examinado en este recorrido por el obrar misericordioso vivido y enseñado por Doroteo.

VIII. Tal es la naturaleza de la caridad

El tema de la misericordia no es accesorio en Doroteo. Para él, bondad, caridad, misericordia, son conceptos casi equivalentes. La misericordia subraya de manera más particular que la bondad de Dios se hace compasión ante la miseria humana y que se inclina hacia ella para ir en su ayuda. Doroteo concibe la vida cristiana con gran simplicidad: desde Dios misericordioso al hombre misericordioso por la imitación de Dios misericordioso. Su famosa imagen del círculo explicita la articulación entre el amor de Dios y el del prójimo (cf. *Did.* VI,78). El mundo es como un círculo cuyo centro es Dios y los radios, el camino que cada uno recorre para ir hacia Dios. Cuanto más uno se aproxima al centro, tanto más se aproximan los unos a los otros y viceversa. Por la obediencia a los mandamientos, sobre todo a los relativos a las obras de misericordia, el hombre se aproxima a Dios y al prójimo. “Si amamos a Dios, tanto como nos aproximamos a Dios por la caridad hacia Él, tanto estamos unidos en la caridad al prójimo, y, tanto como estamos unidos al prójimo, tanto estamos unidos a Dios” (*Did.* VI,78,22-25). “Tal es la naturaleza de la caridad” (*Did.* VI,78,20).

*Fr – 01000 Bourg-en-Bresse
27, Rue du docteur Nodet
FRANCIA*